

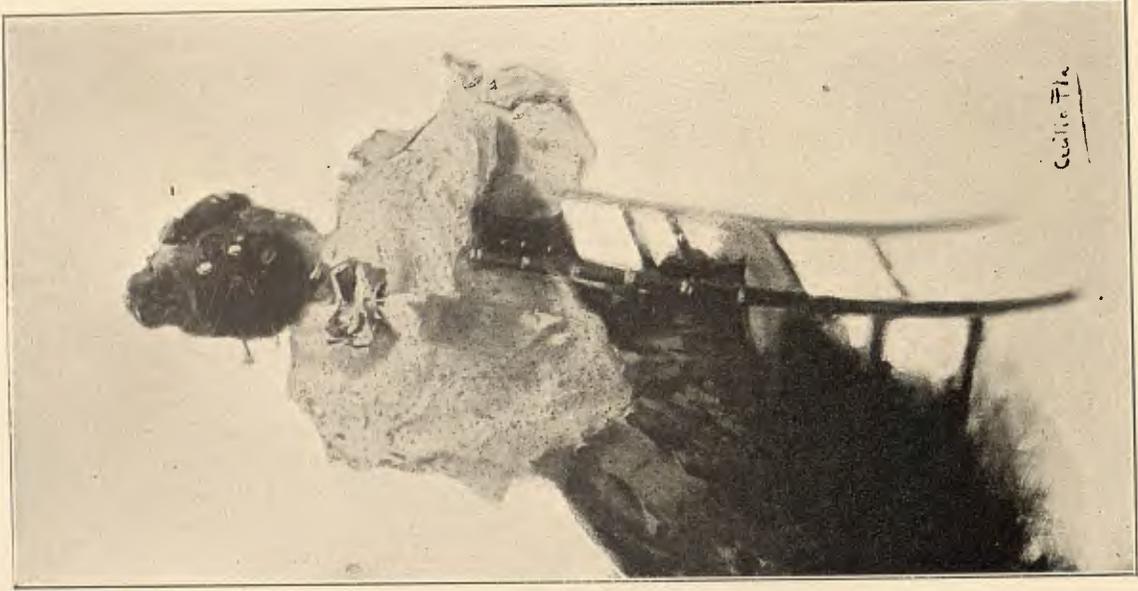
HISPANIA



D. BAIX



C. PLA.—UNA ARAÑA



C. PLA.—VALENCIANA



MUÑOZ LUCENA.—EN EL HUERTO

PARIS

y la Exposición

(Impresiones á vuela pluma)

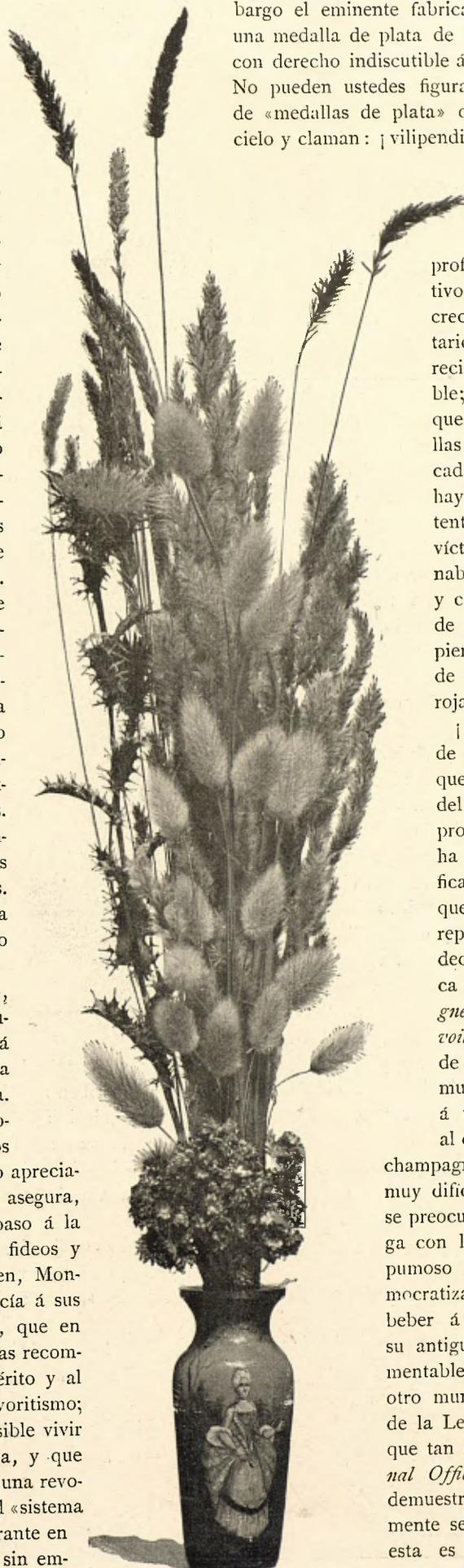
Los señores Jurados á quienes se confió la alta misión de recompensar el mérito y... la buena voluntad, pronunciaron el fallo, y preciso es confesar que han dado la más relevante prueba de magnanimidad, de generosidad y de esplendidez. Calcúlase que el número de expositores que han acudido al gran certamen, asciende á unos 75.000. De estos han salido premiados unos 24.000, proporción que me parece muy decorosa y bastante para atestiguar los buenos deseos y el altruismo de los susodichos señores Jurados. Verdad es que esa distribución de recompensas supone una existencia de 33.000 industriales descontentos y que, con íntima amargura, afirmarán que no se les ha hecho justicia. Pero en cambio supone la existencia de un número mucho más crecido de expositores satisfechos y halagados. Y siempre es un consuelo inmenso el pensar que abundan más los contentos que los descontentos. En el curso normal de la vida suele generalmente suceder todo lo contrario.

He de hacer constar, empero, que entre esos contentos hay muchos que no lo están. Lo cual á primera vista podrá parecer una cotradicción, aunque no lo sea. Me explicaré. Y me explicaré poniendo un ejemplo. Hace dos días me encontré con un sugeto apreciableísimo y que, según él mismo asegura, ha hecho adelantar un gran paso á la industria francesa (sección de fideos y otras pastas para sopa). Pues bien, Monsieur *** estaba trinando y decía á sus parientes, amigos y conocidos, que en Francia no había justicia; que las recompensas se otorgaban, no al mérito y al trabajo, sino á la intriga y al favoritismo; que dentro de poco no sería posible vivir en el territorio de la República, y que cada día se hacía más necesaria una revolución que de una vez barriese el «sistema de vergonzoso nepotismo imperante en los dominios de *Marianne*.» Y sin em-

bargo el eminente fabricante de fideos había obtenido una medalla de plata de primera clase: pero él se creía con derecho indiscutible á una medalla de oro... y *velay*. No pueden ustedes figurarse el número extraordinario de «medallas de plata» que hoy ponen el grito en el cielo y claman: ¡vilipendio! ¡vilipendio!...

En esta ocasión el Gobierno no ha querido tampoco quedarse corto ni mostrarse cicatero. ¡Qué profusión de cruces y de distintivos!... El contingente, ya muy crecido, de caballeros y dignatarios de la Legión de Honor, ha recibido un aumento considerable; y en eso ha pasado lo propio que en la distribución de medallas y menciones honoríficas: por cada diez individuos satisfechos, hay cien, hay doscientos descontentos, que se creen postergados, víctimas de un olvido imperdonable, de una irritante injusticia, y cambiarían de muy buena gana de convicciones políticas, si supieran que con el cambio habrían de alcanzar la ambicionada cintita roja.

¡Oh! esa cintita roja... ¡que de prestigio no tiene todavía y que anhelos no inspira, á pesar del escaso tino con que ha sido prodigada y del descrédito en que ha caído, gracias á ciertos incalificables nombramientos!... No creo que en ninguna parte como en la republicana Francia, ejerza la cordecoración una influencia psíquica tan enorme. *Boire du champagne à tous mes repas et être décoré: voila mon rêve!*... decía la leyenda de una caricatura que vi hace ya muchos años y que representaba á un humilde burgués elevando al cielo una mirada extática. Beber champagne á todo pasto no es hoy cosa muy difícil, sobre todo para el que no se preocupe mucho de *matices* y se avenga con las «pequeñas marcas»: el espumoso y simpático brebaje se ha democratizado de tal manera y se le puede beber á precios tan económicos, que su antiguo prestigio ha decaído por lamentable modo. Tampoco es cosa del otro mundo hacerse nombrar caballero de la Legión de Honor, y las hornadas que tan frecuentemente publica el *Journal Officiel* de nuevos nombramientos, demuestran la facilidad con que actualmente se prodiga la cruz. No importa: esta es siempre ardientemente ambi-





cionada. Cuando llegan circunstancias excepcionales como la presente, hay una multitud de aspirantes que durante un mes no viven, esperando con febril ansiedad el día de la distribución; y, naturalmente... por bondadosos que sean los ministros, por pródigos que quieran mostrarse en repartir cruces, rosetas, encomiendas y cordones, les es absolutamente imposible contentar á todo el mundo: no hay manera de otorgar de una vez diez ó doce mil condecoraciones; por grande que sea el número de elegidos, siempre ha de resultar atrocamente inferior al de los suspirantes. Y ¡claro!... hay á estas horas cada rechinar de dientes y cada sollozo de decepción capaces de ablandar un corazón de piedra.

Por lo demás, es cien veces preferible no haber obtenido con motivo de la Exposición ninguna cinta roja que lucir en el ojal, ni siquiera una medalla de oro ó plata que ostentar sobre una caja de pasas (desilusiones penosas, sí, pero de las cuales concluye uno por consolarse), que pasearse durante la noche por ciertas calles muy céntricas de París y salir asustado, robado y descalabrado. Peligro muy corriente y eventualidad muy al uso, aunque á ustedes les puede parecer extraño, tratándose de una ciudad como París, centro y fanal luminoso de la civilización moderna, urbe fastuosa y hospitalaria que celebra á fines del siglo XIX la gran fiesta del trabajo y paga un numeroso cuerpo de guardias y de policías.

En este momento histórico, la hermosa ciudad del Sena está infestada de una nutrida grey de *rodeurs*,



souteneurs, *cambrioleurs*, *escarpes* y otras variedades de la interesante familia de los malandrines. Y cuando la noche avanza y los campanarios de la *Fluctuat nec mergitur* repiten las diez, las once y las doce campanadas, aquellos dignos sucesores de los ilustres hampistas y ladrones que antaño formaban la famosa CORTE DE LOS MILAGROS, salen de sus guaridas y, en siniestros grupos, se desparraman por los barrios parisienses, en espera de la presa que el destino pone al alcance de sus garras. ¡Guay entonces del pacífico é imprudente transeunte que se arriesga por ciertas calles y no las menos céntricas!... antes de que tenga tiempo de prevenir el ataque y de pedir socorro, se ve asaltado por cuatro, seis ó más pares de ágiles brazos y de otras tantas musculosas piernas, que en un abrir y cerrar de ojos le atan, le tumban, le apuñean, le muelen á coces y á patadas. Y gracias que no salga á relucir el *churin*, el innoble *churin*, el digno émulo de nuestro hispano puñal de Albacete, que con tanta facilidad abre un soberbio ojal en el organismo!...



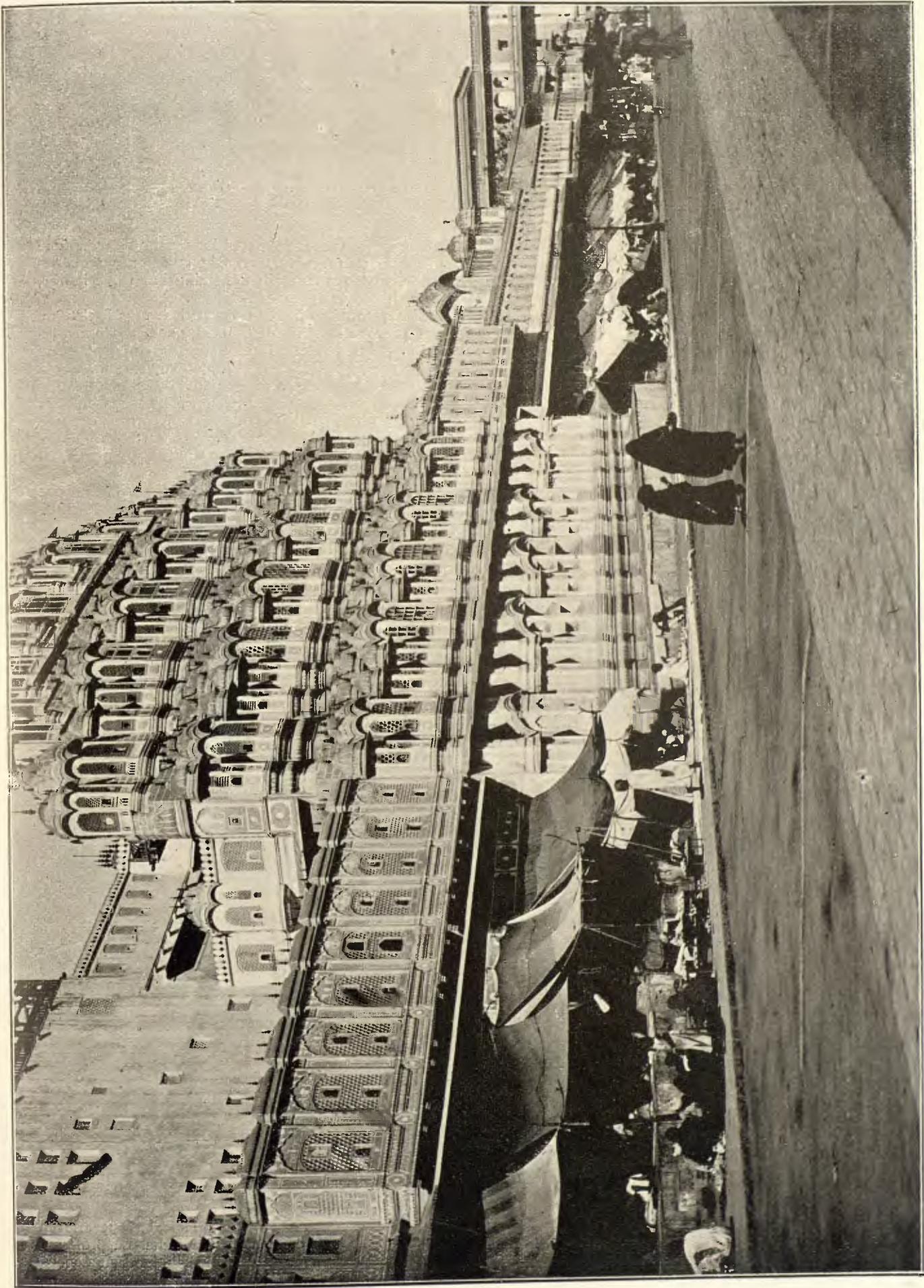
Lo mejor que en tales lances le puede suceder al asaltado, es que no le roben más que el reloj, la cartera, el portamonedas y la levita: y dé fervorosas gracias al Supremo Hacedor, si sus averías físicas se reducen á algunas contusiones y equimosis equitativamente distribuidas en todo el cuerpo, á una nariz en escabeche y á un par de dientes rotos.

En vano se quejan los parisienses, en vano clama y fulmina la prensa, en vano dan las autoridades órdenes é instrucciones severas: el banditismo intra-parisien florece, prospera, se multiplica, con un esplendor que le envidiarían los profesionales — hoy ya degenerados, desaparecidos — de Sierra Morena y de las montañas calabresas.

— ¿Y la Exposición?... — preguntarán ustedes.

— Buena, gracias.

ALFONSO DE MAR



Jeypore. - Palacio de la esposa del maharajad

LA INDIA INGLESA EN FOTOGRAFÍA

Paquete de cartas y fotografías de un tal Luis,
violadas por un cartero de Barcelona y encontradas casualmente en la calle

POR

ANTONIO CORTÓN

CARTA 5.^a Y ÚLTIMA

El «Alfonso el sabio» de la India. — La ciudad de Jeypore. — El palacio de la reina. — Situación política de los Estados tributarios de Inglaterra. — Los *maharajads* resignados. — El encantador de serpientes — La festividad del *Naga Panchami*. — Un indio subiendo sobre un elefante. — Fin del viaje.

JEYPORE, Enero 25

Mi buen amigo: Pasando antes por Burtpore, llegué á esta ciudad de Jeypore, en la región que tiene el nombre de Radjpontana y que dió á la India, en otro tiempo, formidables guerreros, que, por lo visto, no dejaron prole. Y digo esto por la mansedumbre, por la docilidad con que los naturales de este país aceptan la *protección* de Inglaterra. Nadie diría que aquí reinó aquel Jey Sing II de cuya pujanza habla la historia y que tuvo huestes invencibles.

Fué el monarca Jey Sing II una especie de Alfonso el sabio de la India. Guerrero, legislador y versado en ciencias, era su *chifadura* la astronomía y levantó un observatorio, para el cual, no teniendo á mano más instrumentos que los persas, inventó otros nuevos, pues era hombre muy capaz de inventar cualquier cosa. No hablo en broma: fué ciertamente aquel soberano uno de los genios más notables del Indostán, sobre todo si le comparamos con sus descendientes, estos principillos de ahora que, sentados sin pestañear sobre el almohadón bordado que aquí hace las veces de trono, fuman magestuosamente su pipa, sin preocuparse para nada de los descubrimientos astronómicos.

Fué en 1699 cuando Jey Sing ocupó el almohadón bordado de Amber. Era entonces Amber la capital del antiguo Estado de Dhoundar; pero encerrado en un estrecho desfiladero de los montes Kalikho, no hacía feliz al monarca una ciudad tan incómoda y mandó edificar una nueva capital, á la que dió el nombre de Jeypore. Esta ciudad, fundada en 1728, llegó á ser el emporio de las ciencias y las artes y eclipsó la fama de las grandes ciudades de la India.

El plano general de la ciudad es de los más sencillos. Dos grandes calles la cortan en toda su longitud en tres fajas de igual anchura; otras tres calles se corren de Norte á Sud, dividiéndola en nueve barrios; crúzanse aquellas en ángulo recto, son anchas y están bien aireadas y orientadas. La ciudad ha sido construída con magnificencia. Las casas más ordinarias son de granito; las de los nobles y ricos, de mármol blanco.

No hablo por hablar, sinó *probando* lo que digo. Para muestra basta un botón, y el botón que te envío es el palacio de la reina en Jeypore. Á pesar de que el *maharajad* tiene nada menos que *ocho* esposas, la primera es considerada la reina y ocupa el espléndido palacio reproducido en la adjunta fotografía. ¿Qué te habías figurado?... Ni doña Victoria, la de Inglaterra, tiene mejor casa que la mujer número uno del reyezuelo de Jeypore.

Mas, con todas sus magnificencias, Jeypore, en el terreno político, es menos, mucho menos que el principado de Monaco. En el almanaque de Gotha figura como *posesión mediata* de Inglaterra, lo que quiere decir, en buen romance, que es uno de los *Estados protegidos ó tributarios de los ingleses*, pero que *todavía* se gobiernan por sus respectivos príncipes, mediante cierto tributo que pagan á Inglaterra, la cual pone guarnición en sus principales plazas fuertes é *influye* en su administración. Para que comprendas hasta qué punto y de qué modo son independientes estos Estados, baste decirte que un extranjero, al entrar en Jeypore, ha menester obtener el permiso del *Residente*, que así llaman aquí al representante oficial de la Gran Bretaña. El

residente de Jeypore, el coronel Law, antes de otorgarme el permiso, me preguntó, alarmado, quién era y á qué venía, no quedando tranquilo el hombre hasta que le dije, con timidez, que era español.

Rica breva, riquísima son, en verdad, para Inglaterra, estos estados tributarios de la India, que abarcan una extensión de un millón de millas inglesas y cuentan con una población de más de setenta millones de almas. Para mantener en la obediencia á estos indios de las posesiones *mediatas é inmediatas*, tiene Inglaterra en toda la India un ejército de 73,668 individuos de todas las armas, que unidos á los 16.000 de las tropas indígenas, también británicas, forman un respetable contingente. Hay además, en los puertos, 16 barcos de guerra.

La verdad sea dicha: toda esta fuerza militar no hace gran falta por aquí; porque á los *maharajads* de los Estados indígenas no les permite la Gran Bretaña tener más ejército que el necesario para el aparato decorativo de sus respectivas cortes. ¿Cómo, pues, y con qué medios — pregunto yo — habían de sublevarse los pobrecillos?... No es de temer que lo hagan. Son, por otra parte, muy buenos chicos y están contentos con el yugo de la poderosa emperatriz, de cuyo estado de salud piden noticias al residente. Al gran *darbar* (asamblea) de Agra, convocado en 1866 por el virrey Sir John Lawrence, concurrieron, muy respetuosos, llevándole ofrendas valiosísimas, veinte y seis príncipes soberanos. Y cuando, en fecha posterior, en 1875, *se dignó* visitar el Imperio Indico el primogénito de Victoria, los poderosos *maharajads*, con la sonrisa más placentera, fueron á recibirle á Bombay.

Inglaterra ha hecho con la india lo que un *sapwallah* de Jeypore, á quien conocí y admiré el otro día, hace con las serpientes: la ha hecho acudir á su reclamo, la ha encantado, desarmado y hecho prisionera. Y á propósito: ¿sabes tú lo que es un *sapwallah*?... Te daré detalles de esta especie de mago callejero, siquiera sea para cambiar de tema, pues supongo que á tí, como á mí, no te hará feliz el estar hablando constantemente de la *pérfida Al-bión*... ¡Y tan pérfida!...

Como iba diciendo, el *sapwallah* es el encantador de serpientes. Provisto solo de un primitivo instrumento musical, llamado *tumril* (especie de flauta compuesta de una calabaza y dos pedazos de bambú) el nuevo Orfeo le lleva á sus labios y produce sonidos, mientras que adelanta el cuerpo á fin de examinar las yerbas y matorrales. Y casi al mismo tiempo asoma por debajo de una piedra una cabeza de serpiente, la terrible cobra; el encantador deja caer su instrumento, apodérase con destreza del reptil, lánzale al aire y cójele por la cola en el instante de caer al suelo; la serpiente agítase violentamente; con un rápido movimiento, el encantador la sujeta cogiéndola de su cabeza; después abre su boca y muéstrame sus terribles colmillos que destilan la muerte; entonces el encantador toma una pequeña pinza y arranca con cuidado los colmillos del reptil, no de otro modo que pudiese hacerlo un dentista de Filadelfia.

Desde tiempo inmemorial se practicaba este arte en Egipto; hoy se halla confinado en la India. La profesión es hereditaria, y los que á ella se dedican tienen una época en que, cubiertos de oropelas, hacen su papel importante, convirtiéndose en una especie de sacerdotes; es en la



Una calle de Jeypore. - Indio montando sobre un elefante

época del *Naga Panchami* ó fiesta de las serpientes, pues estos reptiles son sagrados en la mitología india, y el día de la festividad, los naturales del país les presentan ofrendas para grangearse su buena voluntad y su protección contra las picaduras mortales. Y es de ver entonces á los *sapwallahs*, trajeados grotescamente, cuando no están medio desnudos, y teniendo cada uno ante sí una cesta en la que se agitan unos veinte reptiles de la especie *cobra capello*. Los piadosos indios llevan cuernos ó tazones grandes de leche á que son muy aficionadas las serpientes, y bien pronto está rodeado cada tazón por un círculo de cobras que, con la cabeza sumergida en el líquido, permanecen completamente inmóviles...

La serpiente y el elefante vienen á ser, en el reino animal, los dos tipos más populares de la India; pero ¡oh perversa condición humana! Á la serpiente se la halaga, porque se la teme; al elefante, porque es trabajador y buenazo, se le trata mal. Entre las muchas pruebas de su bondad, es curiosa la que suele dar ayudando él mismo á montar sobre él al jinete. En una calle de esta ciudad

presenció la cosa y me admiró tanto, que no pude resistir á la tentación de reproducir la escena, y te mando la fotografía. Un indio trata de subir encima de un elefante: le coge las orejas y, colocando el pie en la trompa del paquidermo, éste le levanta hasta colocarlo encima del lomo. ¿Verdad que es muy original?

Original lo es todo en este país; y lo que yo siento es no poder escribir un libro, un libro voluminoso sobre la India contemporánea. Para eso fuera preciso visitar los Estados *verdaderamente* independientes, como el Nepal, el Butan, las Maldivas, &c. No puede ser. No soy más que un servidor de mi inglés, Mr. Arthur, que ahora me hace regresar por el mismo camino á Calcutta. Termino, pues, estas impresiones de viaje, que te envío solamente á modo de explicación de las fotografías que yo mismo he sacado y que tal vez te serán útiles. Así lo desea, queriéndote mucho, tu amigo

LUIS

Fotografías inéditas de ROMÁN BATLLÓ.



CORO DE BAÑISTAS

Somos las del maletín,
por lo que gusten mandar;
á remojar nuestras gracias
vamos á «San Sebastián.»

Sabemos hacer el muerto
y entre dos aguas nadar,
sabemos guardar la ropa...
y en fin, sabemos ¡la mar!



UN CASO

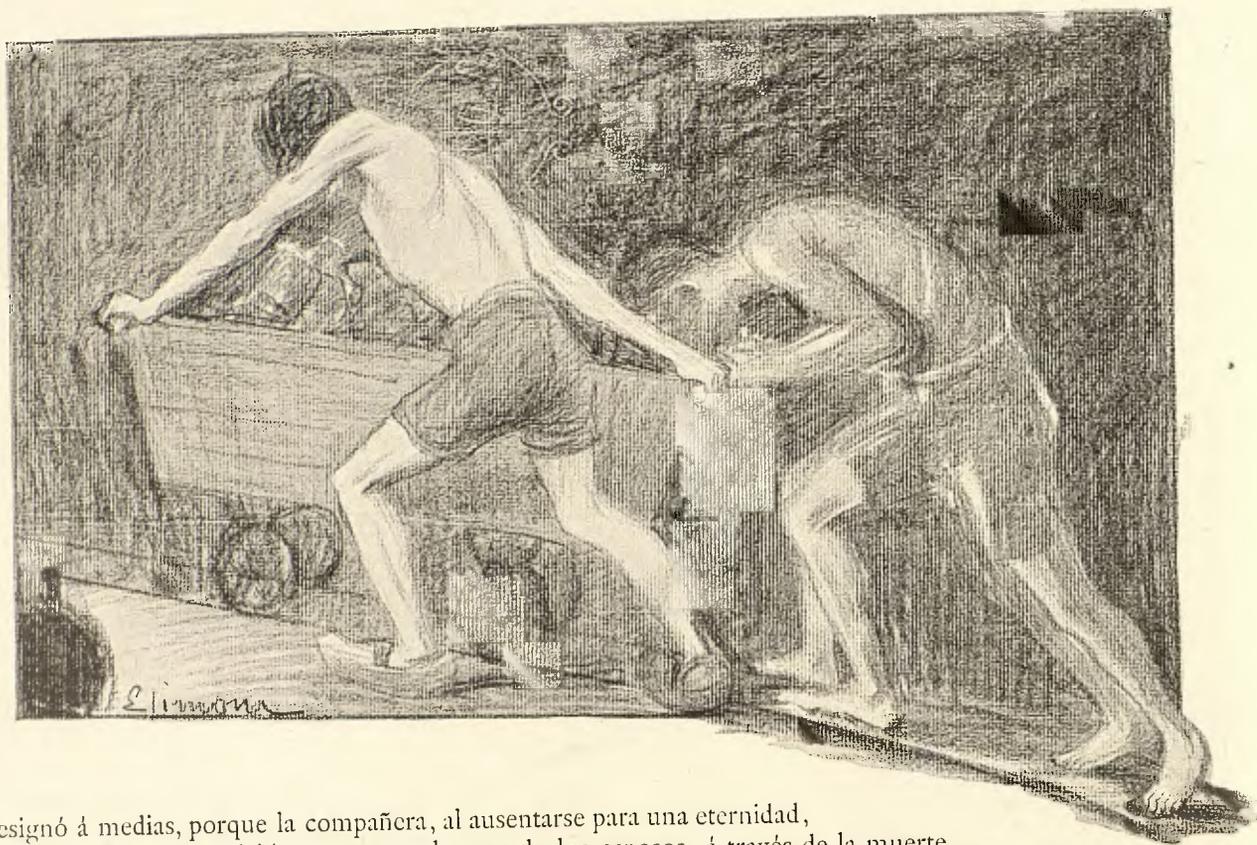
AL MAESTRO OLLER

Una tras otra, desfilaron por delante del lecho del enfermo, con leve taconeo que se amortiguaba en la alfombra, hasta ocho lumbres de la ciencia de curar; lo más granado del protomedicato. Escarbando en el cerebro atiborrado de viejas fórmulas terapéuticas, ninguno de los médicos dió con la idea salvadora. Tentativas, ensayos de experimentación que consistieron en aplicar al enfermo los procedimientos curativos de invención más reciente; todo fué en vano. El niño se moría; á menos de no impedirlo Dios con un milagro.

El pronóstico del doctor Jiménez Salgado, no dejaba el menor resquicio abierto á la esperanza. Se trata señores — dijo aquel médico á sus colegas llamados á consulta — de un caso gravísimo. La enfermedad, muy acertadamente diagnosticada en sus prodromos por mi ilustre compañero el doctor Bedoya (éste inclina la cabeza en señal de cortesía) empezó siendo crup diftérico. La época del año — la primavera — muy propicia al desarrollo de este linaje de padecimientos, la edad del niño enfermo — cuatro años — y sus antecedentes patológicos que nos le ofrecen como víctima de frecuentes catarros, me hacían recelar que la enfermedad no pudiera ser contenida dentro de los límites de un simple crup. (Pausa.) Creo, pues, señores, salvo mejor opinión (todos asienten) que nos encontramos con un caso de difteria séptica caracterizada, segun hemos visto, por la ingerencia de los productos descompuestos de las falsas membranas en la sangre, y mucho me temo que ese principio de colapso unido á la paresia cardíaca que hemos notado en el enfermo, invalide pronto nuestros esfuerzos...

II

El hombre, el padre, estaba solo. La compañera faltaba años ha. Huyó del nido llamada por la muerte, á los once meses cabales de su matrimonio. En aquel trance, el hombre creyó morir. Al dolor del varón cruelmente desposeído, juntóse el dolor del hombre cuyo espíritu, huérfano de la fe que ayuda á vivir, necesita fundirse en el alma de la mujer querida. Hecho ya á la dulcedumbre del amor lícito, disfrutado en las intimidades de aquel hogar, á la sazón silencioso como una jaula vacía, la pérdida de la compañera de su vida laceró profundamente su corazón. Cuando se llevaron su cuerpo — él lo recordaba todavía — sintió el hombre algo así como un inmenso desgarron en sus entrañas, como si la muerta se llevase algo que integraba el ser del esposo que dejaba. Al cabo — influjo del tiempo — la herida dejó de manar sangre y el hombre se



resignó á medias, porque la compañera, al ausentarse para una eternidad, dejaba un niño que debía perpetuar el amor de los esposos, á través de la muerte...

...Y ahora, el niño se moría, allí, á cuatro pasos, sin que humano poder fuera bastante á impedirlo. La difteria que es el dalle de la infancia tenía agarrotado en el lecho, en cuya cabecera velaba la abuelita. En un rincón de la alcoba, recién sahumada con romero y hojas de laurel, el padre, arrellanado en una butaca, meditaba en silencio.

Era media tarde. Más que de primavera, tenía de invierno el día. La tonalidad gris del cielo comunicábase á las almas. Allá, con la puesta de sol, moriría el pequeño; cosa segura. La ciencia antes de alejarse de aquella casa habíalo pronosticado...

Entre cinco y seis de la tarde, la hora del crepúsculo, el niño empezó á rebullirse; su cuerpo enfebrecido tiritaba. Las manecitas, gordas y tersas, querían clavarse en el cuello, pretendiendo arrancar de allí algo que atenazaba, algo que quemaba, cerrando el paso al aire que nutre los pulmones... Era la agonía.

III

...Dios de Dios, dejadme el niño, ahulló el padre rompiendo en un sollozo... ¡Ah, la fe! La fe nativa recibida con las primeras ternuras maternas, no se había del todo apagado en el viejo corazón. No siempre el olvido es muerte definitiva. Algo sobrevive á las angustias del espíritu solitario, preso en la cárcel de la vida, en medio de las sollicitaciones de la carne glorificada, del egoísmo triunfante...

El hombre, el padre, era un ignorante. Contratista de minas enriquecido á costa de muchas vidas, su educación puramente fragmentaria fundábase en media docena de periódicos leídos aquí y allá, en el tráfigo de su inquieta vida de negociante ávido de numerario. La esfera intelectual en que había transcurrido lo más de su vida, le vedaba el monopolio de las ideas grandes, esas ideas á cuya formación concurren la experiencia personal y el libro. Algo y no poco le humanizó el matrimonio, purándole de la primitiva rudeza de carácter que le hacía aparecer hosco y antipático en sociedad, pero, en el fondo quedaba siempre el contratista de minas hecho á ver, sin horror, el cuerpo de un hombre lanzado al espacio, al estallar un barreno entre un diluvio de piedras.

Ya enriquecido, aburguesado en la vida muelle del que á vuelta de muchos años de azares, se retira á su casa con el riñón cubierto de oro, intentó ganar cultura, ejercitándose en la contienda intelectual que provoca el libro. Vano empeño; la tosquedad nativa prevaleció por cima de todo. Siguió tan zafio como antaño. Siempre el contratista de minas...

Ignorante y todo, su corazón se abrió á la fe. Él, quería la vida del nene, aún á trueco de la suya propia, á cambio de todo. Y los hombres, los sabios, no podían darle esa vida. Entonces, pensó en Dios. Allí cerca, en la habitación inmediata, en el cuarto de la muerta, nido de amores en otro tiempo, había un Cristo tallado en madera, bajo un dosel de terciopelo orillado de oro. Enfrente, de par con la imagen de Dios Hijo, estaba el retrato de la compañera, la madre del niño que agonizaba...

Al penetrar en aquella habitación, cerrada lo más del año, en la cual solo á él le estaba permitido poner los pies, un vaho suave de mejorana, el perfume preferido de la esposa muerta, oreó el rostro del atribulado padre, aliviando su corazón.

Sentose arrimado al lecho, reclinó la cabeza sobre los cojines y puso el pensamiento y la mirada en Jesús... En torno, el silencio...

No fué oración vocal, de esas en que sólo se ejercitan los labios. No. Fué un coloquio mudo, sostenido en la región de la pureza por las almas del hombre y su esposa con Cristo, cuyo costado herido sangraba todavía... El hombre hablaba con la compañera ausente y ésta, limpia ya de terrenas máculas expresábase en presencia de Dios. La vida del niño — decía el hombre angustiado — su vida á cambio de la mía, á cambio de todo. Y la esposa, la madre muerta, trasladaba la petición á Quien podía acogerla...

La interción de la compañera no fué vana. Dios, todo bondad, consentió que el niño viviera; pero exigía sacrificios del padre y más, todavía, del contratista enriquecido á expensas de los pobres.

Todo ese capital—decía el Señor—fruto de una constante expoliación, debe ser restituído á los infelices que lo amontonaron sudando sangre, para un hombre sin entrañas... Muchos niños como el tuyo agonizan de hambre y si yo salvo la vida de tu hijo, justo es que tu libres de la miseria á esos desventurados retoños. Muchas madres me piden, como tu, amparo para sus criaturas; esas mujeres tienen sus compañeros en las minas, en los andamios, junto á los hornos de las fábricas. La conquista del pan les cuesta, á veces, la vida. Ya ves tu si son desdichados...

El contratista era padre y era hombre; y antes de aceptar la divina proposición, vaciló un minuto. Vió la mina, sepulcro innominado de muchos seres, la mina á donde tendría que volver para procurarse el alimento indispensable á la vida; vió al pequeñín, sano ya, pero, víctima expiatoria del hombre, con los pies descalzos rodando en el arroyo, como ruedan niños de los pobres, entre calandrajos de miseria y salpicaduras de barro. La abuelita, la madre de la muerta, en lo más avanzado de una senectud desamparada veríase recluída en un hospicio, forma piadosa de la caridad oficial... Y él, dando barrenos en una cantera, asesina inconsciente de hombres...

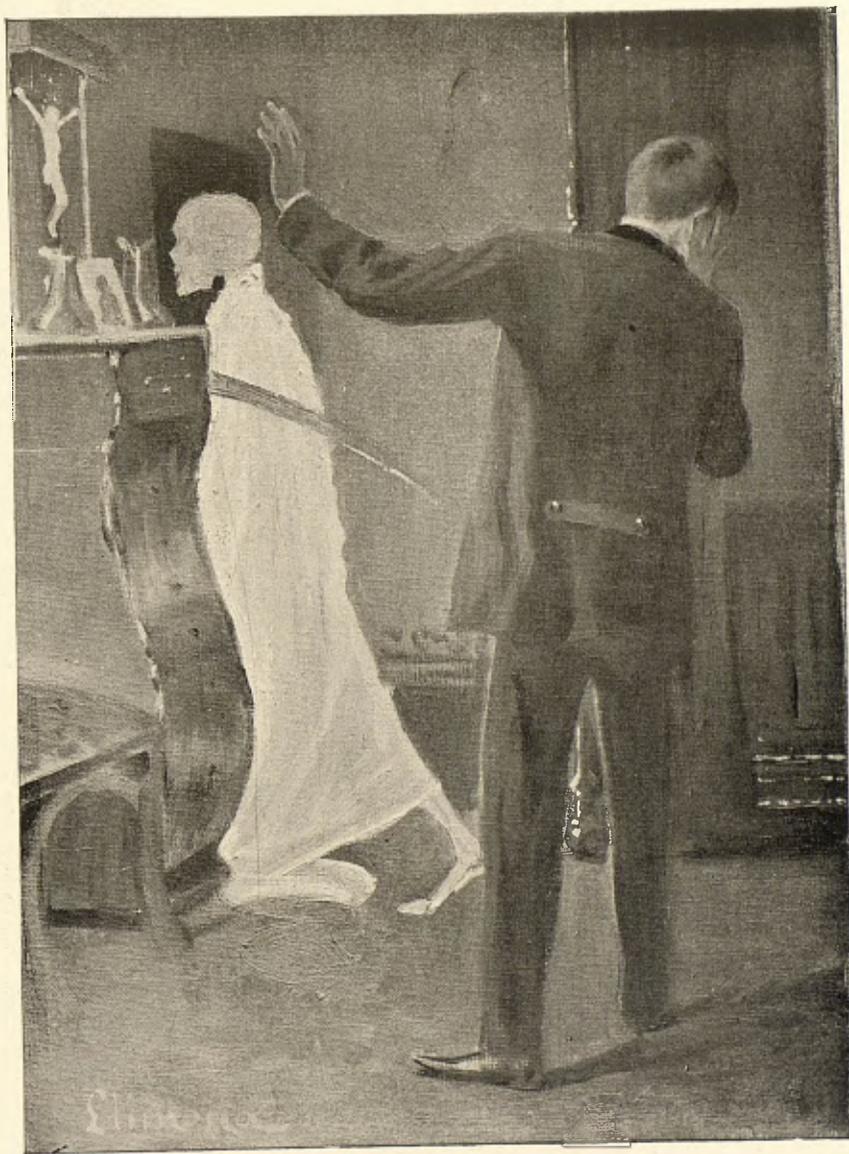
El dilema era atroz, terrible, inaplazable. En aquella rápida sucesión de visiones internas, sintióse desfallecer el pobre hombre. El alma humana, revelábase en toda su pequeñez. Dios, pedía mucho, era demasiado exigente, acaso, acaso, demasiado justo. Aquel pacto, pareíole inadmisible. ¡No! ¡No! gritó enloquecido el contratista, avanzando con los puños cerrados, hacia la puerta. ¡No! prorrumpió en un estado fronterero entre la lucidez y la demencia, mirando con extraviados ojos la imagen de su esposa muerta... ¡No! Antes morir, morir todos, yo, el nene, la vieja, todos, todos... pero, volver á la mina, eso no, jamás...

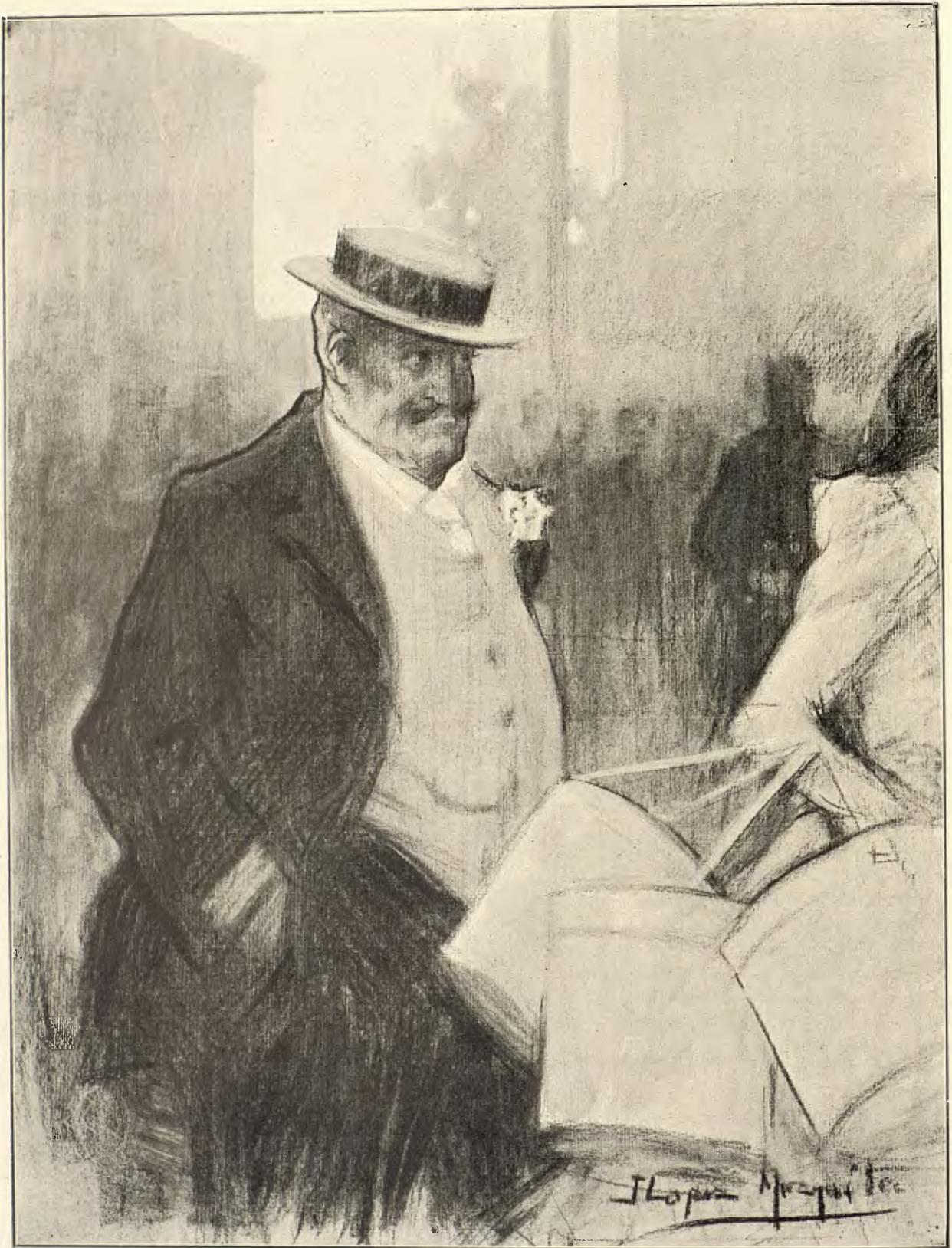
No pudo continuar; la abuela entró para decirle que el niño había expirado. Corrió tambaleándose, para besar el pequeño. Antes se volvió y sus ojos entontecidos fueron á posarse en la imagen de Jesús, con expresión de protesta dolorida...

Cristo sonrió compasivamente.

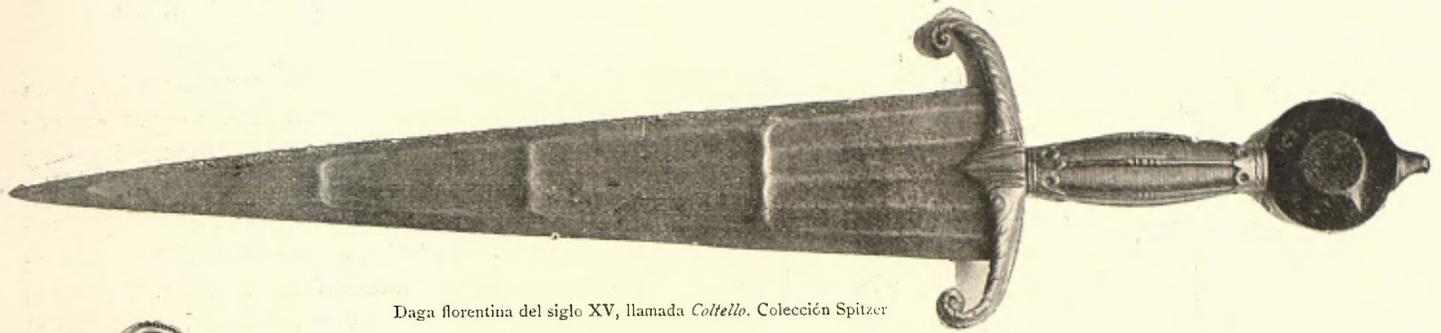
MANUEL BUENO

Ilustraciones de JUAN LLIMONA





LOPEZ MEZQUITA.—VEJETE VERDE



Daga florentina del siglo XV, llamada *Coltello*. Colección Spitzer

HISTORIA DE LA ESPADA

desde los tiempos prehistóricos hasta el Renacimiento

Las armas son tan antiguas como la Humanidad; la primera preocupación del Hombre después de la de su alimentación, fué la de su seguridad personal ó defensa.

Los primeros tipos de armas, fueron de sílex. Puntas de flecha, hachas, martillos, cuchillos, he aquí lo que servía para la defensa y el ataque en los tiempos prehistóricos. Estas armas eran obtenidas golpeando simplemente, y rompiendo en pedazos angulosos la piedra silíceo de que estaban formados.

Al cabo de varios siglos, el hombre aprende á pulir la piedra, y aparecen ya hachas y cuchillos, lanzas y flechas más perfeccionadas, y se tallan en *jadeita*, en *diorita*, en *fibrolita*, en *serpentina*, en *basalto*. Pronto sirven los huesos y las maderas duras, para fabricar estas armas, y se les pone mango ó asta, por un procedimiento análogo al de los actuales indios de la Nueva Zelandia, de la Nueva Caledonia ó de los Caribes.

Andando el tiempo, fúndese el cobre con el estaño y se obtiene el bronce; y amoldando en tierra arcillosa las armas de piedra, viétese el metal fundido en los moldes y las armas se transforman en metálicas.

El cuchillo que hecho de piedra debía de ser muy corto forzosamente, se alarga, y vuélvese daga, y alargándose más, espada.

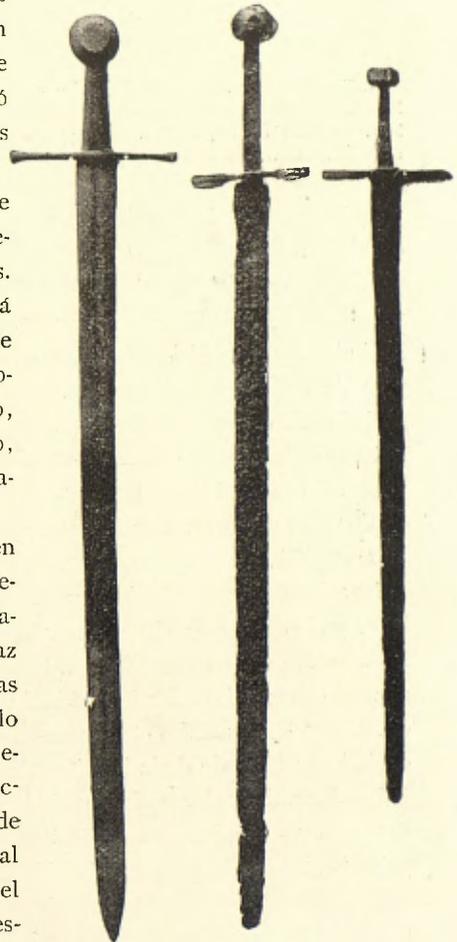
Así la primera espada fué solo un cuchillo largo, y cada

uno acostumbraba á llevar dos cuchillos de esta clase: uno bastante prolongado y otro más corto. Tales eran los Scrama-Sax de los primitivos pueblos sajones.

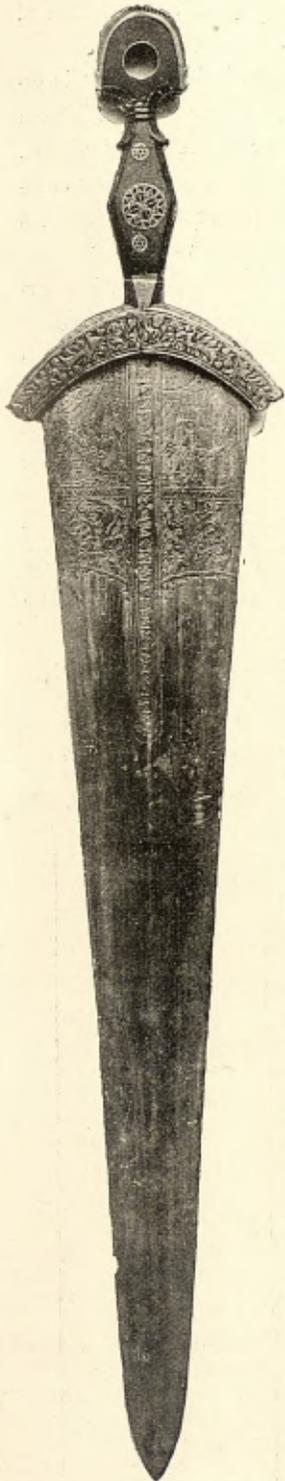
* * *

La espada, hanla conocido y usado todos los pueblos civilizados, desde los primitivos Galos y Germanos en Europa, á los Iranios, Indos, Caldeos, Asirios, Egipcios, en Oriente, &, &. Todos se han servido de ella como arma de guerra y como arma distinguida propia de los Jefes. Los pueblos primitivos la usaron de bronce, luego se forjó ya de acero, ó sea de hierro más ó menos carburado, templándose las hojas por procedimientos varios. Para el temple, á más del agua, se ha empleado la corriente de aire frío, el aceite, el cebo, la sangre de animales, &, &.

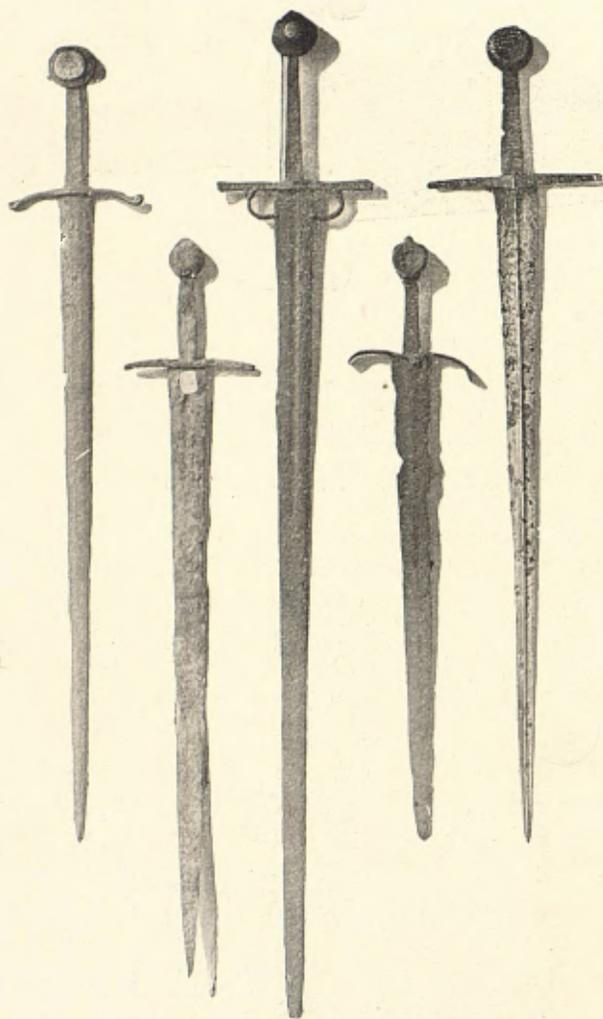
Las espadas en estos primitivos períodos de civilización son aun asaz cortas. Las espadas galas, medían solo de 60 á 80 centímetros, y la hoja afectaba la forma de una hoja vegetal prolongada. En el Asia se llevaban espadas de cobre y de bronce, pero algo



1. Espada catalana del XIII. — 2. Espada castellana del XIV. — 3. Espada provençal del XIII.



Coltell-desllorigador catalán, del siglo XV



1. Espada francesa. Angulema del XIV. — 2. Espada francesa del XIV. — 3. Espada de gavalanes ó *pas d'ane*. Doble *passot*, probablemente navarra. Siglo XIV. — 4. Espada jineta, catalana del XIV, con sello. — 5. Espada catalana ó aragonesa del XIII.

más largas. Los Persas fueron los primeros en forjarlas de hierro.

Los Griegos del período heroico llevabanlas de bronce, pero en la época histórica úsanlas ya de hierro templado. La hoja afecta la misma forma que en las espadas galas, y la daga llamada *parazonium*, viene á ser una espada de hoja triangular muy diminuta.

La espada Romana, es tal vez la más corta que se haya usado. En general tiene de 40 á 50 centímetros, y su hoja de dos filos paralelos termina con una punta de ángulo bastante abierto.

Los francos y demás bárbaros, usan el Scrama-sax largo y el corto, que vienen á ser la espada y la daga de los caballeros de la Edad Media. Entre ellos, estas armas son solo reservadas á los jefes é indican dignidad y mando. Como hemos dicho el Scrama-sax-espada es solo un cuchillo prolongado de la longitud de la espada gala.

Los Bizantinos alargan la espada hasta 90 centímetros ó un metro y lo mismo hacen los Carolingios en Francia, y los Godos en España, con la diferencia que la espada carolingia y la goda tienen la hoja ancha de filos paralelos como las espadas romanas con la misma punta chata y varios nervios longitudinales.

La guarda está formada por un travesaño macizo, barra cuadrangular, que forma la cruz. El pomo es en forma de semicírculo, y la mano queda encajada entre el pomo y la cruz. La Bizantina tiene la hoja mas estrecha, de unos tres centímetros. Filos casi paralelos de arriba abajo y punta más aguda. La guarda es estrecha en el centro ensanchándose y adelgazándose hacia los extremos. El pomo es también semicircular pero más pequeño. Así forma el puño una especie de cruz griega.

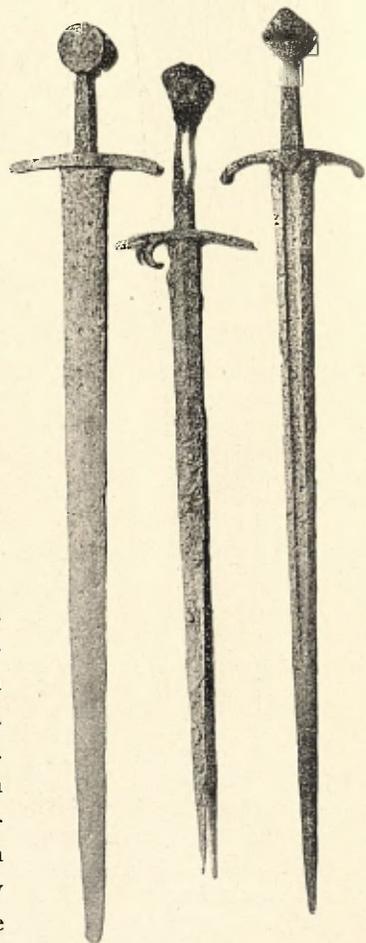
Hasta el siglo XIV, por lo regular, la longitud de la espada no pasa de un metro. En los siglos XI y XII la hoja vuélvese triangular, conservándose el puño carolingio.

La hoja tiene solo un nervio central, y la punta es completamente aguda, para penetrar por entre las placas, ó escamas de la cota de armas, ó de la loriga.

En el XIII el pomo se vuelve redondo y plano y la guarda ó cruz se afina y redondea. En este pomo redondo y plano se incrustan dos medallas, una en cada lado, ó bien se graban las insignias del caballero, formando así un sello, ó en el centro hay una piedra onix, carbunco, ú ópalo, que cubre un hueco que contiene una reliquia de algun santo, ó un amuleto.

En el siglo XIV, la espada empieza ya á evolucionar sensiblemente. El puño continua siendo en cruz en la mayoría, pero las hay que debajo de la cruz tienen uno ó dos ganchos llamados en España *gavilanes* y en Francia *pas d'ane*. Los que tienen uno, son peculiares de Cataluña y del mediodía de Francia, y se llaman *espases de passot*. Estas tienen solo un filo hasta los tres cuartos de hoja, de allí para abajo tienen dos y terminan en punta. El pomo en estas es de la forma de una pera, para dar contrapeso á la hoja que es muy pesada. Los *gavilanes*, ó el *passot* sirven para pasar el dedo y sujetarla mejor, y en ciertos casos para coger la hoja del enemigo. También se encorvan las guardas, á este fin, á últimos del mismo siglo.

Las hojas se alargan llegando á medir las espadas de esta época un metro 20 centímetros, y aun más. Las espadas de arzon que se llevaban fijadas en la silla del caballo llegaban á medir un metro



1. Espada catalana del XIII. — 2. Espada catalana llamada de *passot*. — 3. Espada catalana del XIV.

40, y aun 1'50, teniendo el puño muy largo y el pomo muy grueso, para formar contrapeso con la hoja.

Las hojas de las espadas, tienen en esta época formas diversas: en general forman como un triángulo muy prolongado; en el centro tiene una canal, ó al contrario un nervio ó quilla saliente; la sección de la hoja (que es gruesa y dura) forma como un grano de trigo. La daga es de sección triangular ó cuadrangular como una bayoneta. Espada y daga son a propósito para pasar las mallas que cubren todo el cuerpo del guerrero.

En el siglo xv la espada afecta formas diversas según los usos. Se alarga hasta dos metros y aparece el *Mandoble*. Este tenía el puño largo con una división en medio para que pudiese ser empuñado con ambas manos. La cruz es larga y resistente, y tiene dos anillos para parar los golpes. El pomo es como una bola achatada, grueso y pesado. La hoja muy larga, tiene debajo de la cruz, frecuentemente, una media luna ó dos espolones, también para parar ó enredar el arma del contrario.

Espada tolosana (Forez) del XIV
pomo de relicario

Acortándose, la espada forma lo que se llama *Coustel* en Francia, *Coltello* en Italia, y *Costillar* ó *Lengua de vaca* en Castilla. El puño es de hueso ó marfil y tiene ondulaciones para apoyar los dedos. La guarda encorvada hacia abajo, sirve solo para sujetar la hoja, que es triangular y muy ancha, con varios nervios.

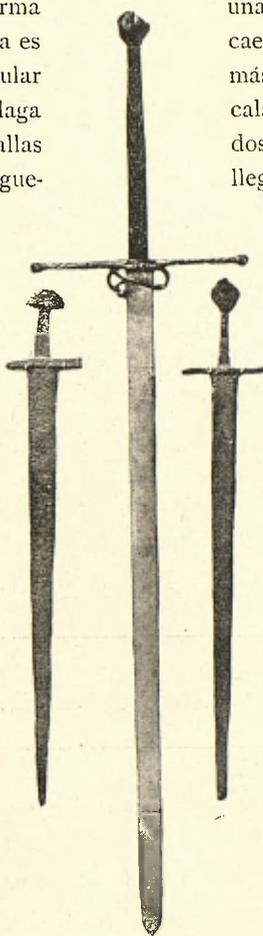
El nombre de *coltells desllorigadors* que se daba á estas espadas cortas en Cataluña, indica su fin. Habiéndose ya cubierto el caballero con la armadura completa, se nece-

sitaba para herirlo, entrarle por las juntas de la coraza ó de las placas que formaban los brazaes, escarcelas y demás piezas. Y á este fin se inventaron estas armas.

La espada comun del caballero, en esta época tiene aun el pomo redondo y plano, pero pronto lo deja por el pomo de *llave* que es plano y calado como el extremo de una llave de la época. Las guardas caen hacia abajo y son planas y más anchas de las puntas, siendo caladas muchas de ellas, y tienen dos gavilanes que se encorvan hasta llegar cerca de la hoja. Esta tiene ya un *talón* ó *recazo* como se le llamaría en el renacimiento, esto es, una parte gruesa y sin filos en la parte superior debajo de la guarda, para apoyar los dedos en ella, y esta hoja es larga de un metro y en forma de cinta. Las dagas tienen las guardas caídas, y la hoja triangular vuélvese plana y resistente.

Y á fines del siglo aparecen otras espadas cortas y anchas, como un machete, que tienen por única guarda dos grandes anillos, y las llevan los infantes, en Alemania, Flandes y Suiza, que ya van armados del Mandoble, el cual se vuelve flamígero; y esta espada corta les sirve solo en los combates cuerpo á cuerpo. Así pueden verse en los dibujos de Landsquenets, de Alberto Durero, de Holbein y del pintor llamado el *Deutsck*. Esta espada corta, dura hasta el reinado de Carlos V Emperador.

Espada bizantina del XIII



1. Espada del siglo XI.— 2. Mandoble de caballero de fines del siglo XV.— 3. Espada del siglo XV.

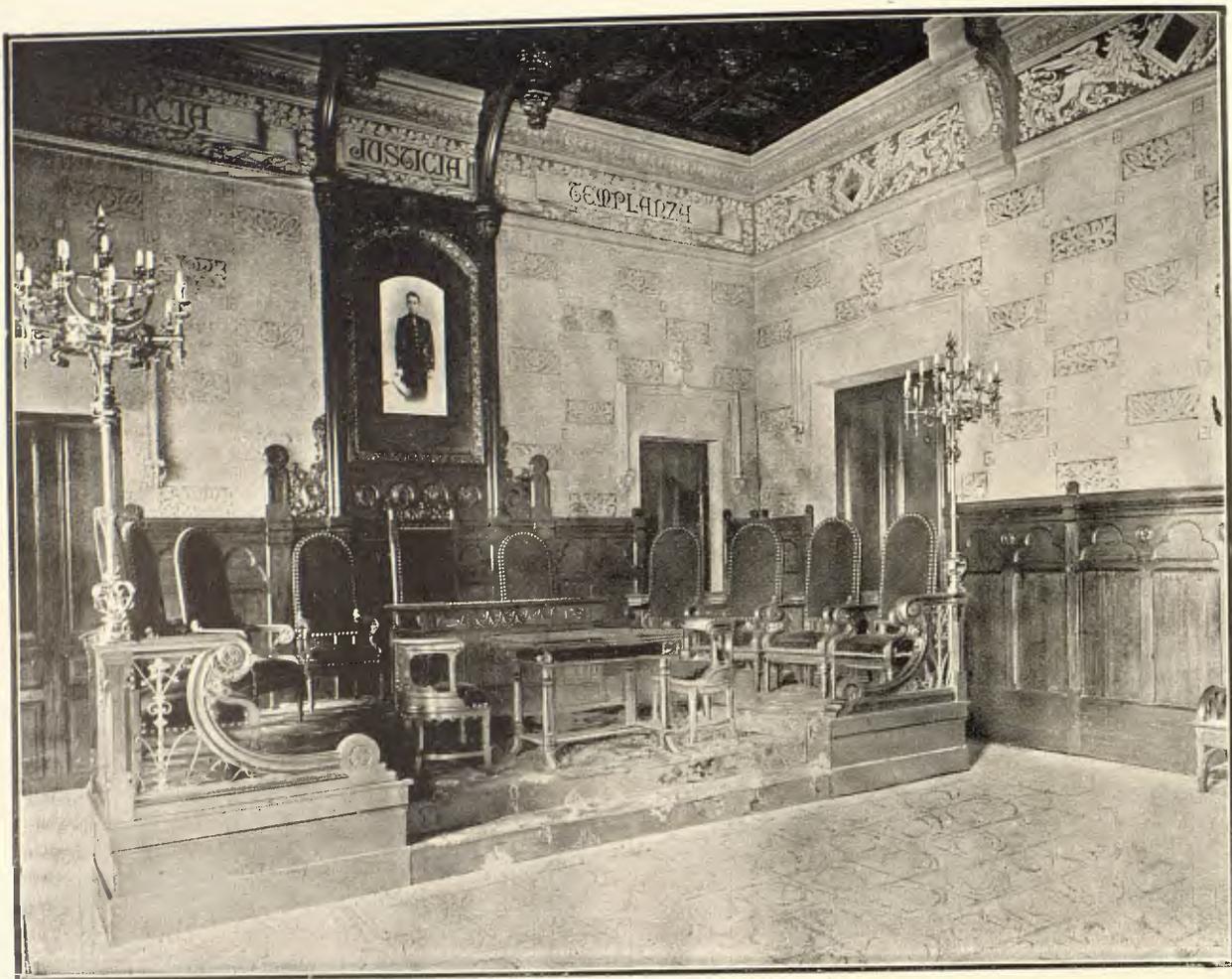
En otro artículo estudiaremos la importante evolución que tuvo la espada en el Renacimiento.

POMPEYO GENER



Daga alemana ó flamenca de fines del siglo XV. Colección Osuna.

LAS FIESTAS DE SITGES



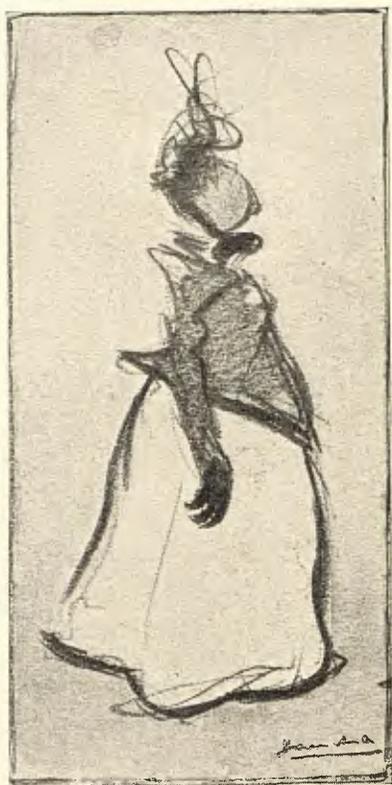
Vista del consistorio suburense, nuevamente decorado á expensas del ilustre patricio y eminente hombre de ciencia, Dr. Robert



Vista del «Baluarte», con la escalinata recién construída é inaugurada con motivo de las fiestas



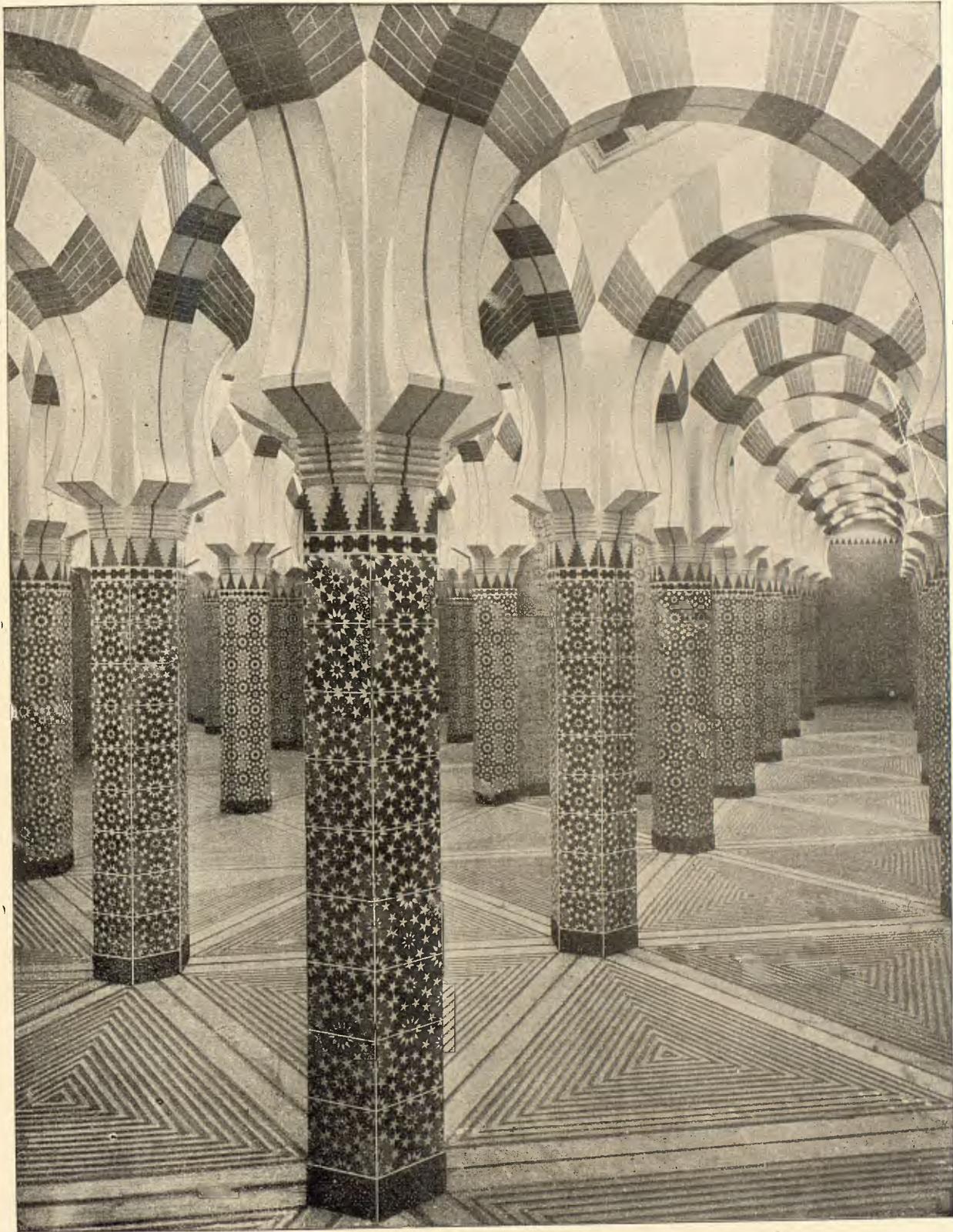
Autoridades, hijos de Sitges é individuos de la colonia barcelonesa, reunidos en los jardines del Retiro



PÁGINA DE CARICATURAS, POR SANCHA Y POR VILLAR

AZULEJOS CARTÓN PIEDRA

de HERMENEGILDO MIRALLES: Calle de Bailén, 59; Teléfono 443.- BARCELONA



PROYECTO DE ANTERO DE OTEYZA

LABERINTO ÁRABE

FOTOTIPIA DE HAUSER Y MENET.-MADRID

Teatro Moderno, - San Marcos, 35, - Madrid

PANORAMA NACIONAL

BELLEZAS
DE ESPAÑA
Y
SUS COLONIAS



Lo forman 2 preciosos albums, lujosamente encuadernados,
que contienen cada uno más de 300 vistas,

fotografías grabadas é impresas con esmero

CADA TOMO 20 PESETAS

LITOGRAFÍA-ENCUADERNACIONES

Hermenegildo Miralles, Editor

59, Calle de Bailén, 70

• BARCELONA •